

Best Seller

De la Semana

LIBRERIA UNIVERSAL

MORRIS WEST

"el abogado del diablo"
editorial pomare (argentina).

ALEJANDRO DUMAS

"la reina margarita"
editorial ediciones selectas (argentina).

GIUSEPPE TOMASI DE LAMPEDUSA

"el gato pardo"
editorial noguer s. a. (españa)

JACK HOFFENBERG

"no siembres con odio"
editorial bruguera (españa)

HANS PLATTE

"la pintura impresionista"
editorial daimon (alemania)

YVON TAILLANDER

"paul cezanne"
editorial daimon (alemania)

LAWRENCE DURRELL

"el cuarto de alejandria"
justine-balthasar-mountolive-clea
editorial sudamericana (argentina)

GASPAR HOWELLER

"enciclopedia de la música"
editorial noguer s. a. (españa)

ORIOI GALI FLORES

"el turbulento siglo xx"
(prólogo de José María Gironella)
(3 tomos)
editorial marín s. a. (españa)

Libros recibidos

"LIBRERIA UNIVERSAL"

JOSEPH KESSEL

"el cuarteto de paris"
la fuente de medicis — el caso bernan — los laureles rojos
editorial pomare (argentina)

KURT PAHLEN

"síntesis del saber musical"
editorial emece (argentina)

M. MINDAN MANERO

"historia de la filosofía y las ciencias"
editorial anaya (españa)

SANTOS SALVAGGIO

"diccionario biográfico de los premios nóbel"
editorial claridad (argentina)

HENRI MILLER

"los libros en mi vida"
editorial siglo xx (argentina)

El extraño caso del Doctor Rudock

escribe
julio suñol

El Doctor Jean Rudock era una extraña persona que siempre se veía envuelta en situaciones raras. Tanto en su vida privada como en su vida profesional. Esto era cosa que mucho le preocupaba aunque con el transcurrir del tiempo se había ido adecuando al fatalismo que le envolvía casi desde su nacimiento.

Cuando pequeño, según contó, su madre ya tenía premoniciones preocupantes sobre él. Días antes de nacer, la madre oyo cómo su hijo había hablado dentro del vientre. Después de nacido, otros fenómenos vinieron a confirmarle que su hijo no era un ser normal, tal y como entendemos la normalidad: el transcurrir perezoso y corriente del crecimiento y desarrollo, sin aconteceres fuera de lo común.

El Doctor Jean Rudock vivía en Europa para la segunda guerra mundial. Los nazis lo hicieron preso en No rüega, en donde por aquel tiempo ejercía su profesión de médico. Como era descendiente de judíos fue marcado y preparado, en la prisión, para encarar la cámara de gases, situación de la cual se salvó por una de esas extrañas cosas que le sucedían.

Una mañana, a las cinco, después de un excepcional opiparo desayuno en el cual había tomado té bien caliente y comido pan con mermelada que le supo exactamente igual a la que su abuela le hacía de niño, un pelotón de soldados nazis le sacó de su celda junto con otros judíos europeos que iban hacia el mismo destino: la cámara de gas.

Esa mañana fría y nefanda eran veinte hombres los que encaraban el mismo destino. El grupo estaba compuesto por médicos, obreros, comerciantes, abogados y, cosa rara, dos saltimbanquis a quienes se había hecho presos porque sus narices, según ellos decían, eran tan afiladas, que se convirtieron en la única prueba de su judaísmo, a pesar de que ellos conocían toda su historia familiar hasta cinco generaciones anteriores, en las cuales sólo encontraban ascendientes gitanos, griegos y germanos.

Pero lo cierto fue que estos saltimbanquis, en la locura nazista, también iban hacia la muerte, y efectivamente murieron, aunque salvando al Doctor Jean Rudock por una equivocación, consciente producida a la hora de la prueba suprema. Cuál fue esta equivocación consciente y cuál el papel de los saltimbanquis, fue cosa que nunca me contó el Dr. Jean Rudock, alegando que era un secreto que él había prometido guardar toda la vida.

El Dr. Rudock, al salvarse, pudo huir del campo de concentración y experimentos nazis. Luego terminó la guerra y desde París liberado hizo gestiones para venir a América. Escogió a Costa Rica porque supo de nuestros pais, de sus costumbres e historia, a través de un colega francés que nunca estuvo en nuestra patria, pero

que, aficionado como era a viajar con la imaginación, había leído todo cuanto había podido de este país.

En Costa Rica el Dr. Rudock abrió consultorio y ejerció su profesión en un pueblo de la meseta central en el cual se asentó hasta el día de su muerte. Y como ya murió, ahora puedo contar esta historia que me narró él, una noche de larga vigilia, en el hospital, cuando atendía un caso extraño de un niño que resultó casi ahogado por un gran perro que, encolerizado, le empujó en un tonel de agua cuando el pequeño, parado en una silla, jugaba con un barquito de papel.

—Una tarde, —me dijo— lo recuerdo perfectamente porque fue un primer día de enero, me visitó en mi casa un hombre llamado Juan



Bautista. Me expresó: Doctor, vengo a verlo porque yo, todos los años, cada 20 de febrero, me enfermo de gravedad. Este próximo 20 de febrero, me volveré a enfermar, y quiero que usted me visite para atenderme. Deseo pedirle que no se asuste de los síntomas de mi extraña enfermedad. Y le solicito este servicio porque otros médicos que me han tratado en distintas ocasiones, no pueden ni siquiera conocer lo que me pasa.

—Vamos —dijo el Dr. Rudock— Vamos. ¿Cómo es eso de que usted se enferma todos los 20 de febrero?

—Así es, doctor, contestó Juan Bautista. Los síntomas son éstos: la fiebre me sube hasta 40 grados, deliro 24 horas, pierdo el conocimiento, me destruyó en convulsiones, vomito y cambio de color hasta volverme moreno. Sin embargo, esto, doctor, no debe asustarle, sobre todo porque yo le voy a decir qué es lo que tiene que hacerme cuando esté en esa calamitosa situación.

—Ahora resulta, apuntó el Dr. Rudock, que no solamente usted se enferma en fecha fija, cada año, sino también que el paciente le dice al médico qué es lo que le debe aplicar en esa crisis.

—Así es —dijo con énfasis Juan Bautista.

—Mire, subrayó el Dr. Rudock: tengo 25 años de ser médico y hasta donde llegan mis conocimientos de la medicina, sé que muchos pacientes, en todos los tiempos, en todos los países, y en todas las situaciones, quie-

ren decirle al médico cuál es su propia enfermedad y hasta qué es lo que debe recetar para conseguir la curación. Esto no me extraña ni me asusta. Pero eso de que me pida que precisamente el 20 de febrero vaya a su casa, para atenderlo en una enfermedad que se le produce matemáticamente en esa fecha ya pasa de castaño a oscuro.

—Doctor, lo que busco es, en primer lugar, tener la seguridad de que usted me atiende. Y luego, decirle los síntomas y lo que tiene que hacerme, para que no se encuentre con un caso extraño que usted no pueda vencer, hijo Juan Bautista. Y enfático: doctor, está de por medio mi vida. ¿Me promete que irá a mi casa el 20 de febrero para atenderme? preguntó ya entre molesto y desconfiado Juan Bautista. ¿Irá Doctor? ¿Llevará las inyecciones y el ungüento que le he hablado?

—Está bien, refunfunó el Dr. Rudock. Iré el 20 de febrero a su casa.

Llevaré las inyecciones. Lo atenderé y lo curaré, si usted me recuerda para esa fecha, por medio de algún pariente o amigo, el compromiso que hoy adquiere.

Claro que el Dr. Rudock no creyó nada de lo que le narraba Juan Bautista. No pensó nunca que iría a verlo. No aceptó, como era natural, que tal caso pudiera existir. Era absurdo desde todo punto de vista. Este nombre lo que quería era tomarse el pelo.

Juan Bautista salió del consultorio del Dr. Rudock. El Doctor Rudock rumió aquellas consejas, las comen- tó con su esposa, sonrió, pero todo pasó al olvido.

El viejo Doctor siguió llevando su metódica vida y olvidó la historietita tonta y absurda de Juan Bautista que le había llegado a quitar su valioso tiempo, cuando más ocupado se encontraba.

A mediados de febrero, salió con su esposa a pasar unos días de sol y de mar, para recuperarse orgánicamente luego de un año de duro brégar. Pasó varios días fuera y regresó el 21 a su oficina. Interrogó a la secretaria sobre novedades y ésta solo le dio cuenta de una: el 20 de febrero, la mujer de Juan Bautista había llegado vuelta loca a buscar al Dr. Rudock para que atendiera a su esposo. Como no estaba llevó a otro médico porque Juan Bautista tenía 40 grados de fiebre, padecía de vómitos y deliraba desesperadamente, además de que se destruía físicamente con unas convulsiones feroces.

—Qué extraño todo esto, se dijo el Dr. Rudock. Y tomó su automóvil a toda prisa para dirigirse a la casa de Juan Bautista, a prestarle sus auxilios, si todavía los necesitaba.

Tocó a la puerta. Salió una mujer, madura y demacrada. La miró angustiado y preguntó: —¿Cómo está Juan Bautista?

—Juan Bautista murió ayer, dijo su viuda, y lo enterramos hoy temprano. ¡Estaba tan malo el pobre! El médico que lo atendió ni siquiera pudo diagnosticar su mal.